

VI

Buena prueba de ello es que dos días después, al caer la tarde, formaban grupo á la puerta de la casa del ama, la niña madrileña y el galán campesino, y, como nota eglógica entre ambos, la *Cenceña*, cabra entre parda y gris, de mirar melancólico.

Estaba el grupo del siguiente modo compuesto: Hortensia en pie, un tanto recogida la revoltosa falda, sujetando de un cuerno á la *Cenceña*, que, á pesar de la melancolía de sus ojos, parecía tener gana de juego, y pugnaba por escaparse. El, hincada una rodilla en tierra, sosteniendo con una mano un jarro de loza pintarrajeado, y estrujando con la otra la ubre repleta del animal. Risueña la niña, como si su alma fuese chiquillo en vacaciones; muy serio el mancebo, cual si fuese su espíritu peregrino en adoración de las santas reliquias; impacientándose ella por ver terminada la ta-

rea; prolongándola él, al parecer de intento, en realidad sin saberlo, trocada en aquel instante la sensación en voluntad, gozándose, sin conciencia de ello, en ver trepidar á impulso de la impaciencia los piececillos de la madrileña.

De pronto la voz de Hortensia, quebrándose en modulaciones argentinas, culebreó, como cohete en noche serena, en el aire impregnado de misticismo que envuelve á la tierra en la hora de atardecer, cuando todas las notas sueñan doble y sueñan simpáticas.

—Pero Carlos, alma de Dios, ¿en qué está usted pensando, si hace ya media hora que se llenó la jarra?

—Es que...

Sin disculpa posible, el muchacho se puso en pie. En efecto, la espuma rebosaba por la boca del jarro. Hortensia con un ¡ah! satisfecho soltó la cabra, que, después de tres brinco y cuatro piruetas, se puso á lamer concienzudamente el salitre de la pared.

La nodriza apareció en la puerta, trayendo un vaso sobre un plato; pero Hortensia, tras de innumerables remilgos, coqueteados á pretexto de no mancharse el vestido, se había apoderado del rebosante cacharro y hundía el rostro entre las volutas tibias de la espuma...

Cuando alzó la cara, labios, nariz, cejas,

pestañas, y hasta algunos rizos que le caían sobre la frente, salpicados de blanco por la espuma, añadían á su expresión, naturalmente maliciosa, tal intensidad cómica, tal descaro funambulesco, que la nodriza y Carlos no pudieron menos de soltar la carcajada.

—¡ Gracias á Dios !—exclamó Hortensia, dejando de reír y sacudiendo el rostro embadurnado, como perrillo que sale del agua—. Creí que no sabía usted reirse... Ama, trae algo para limpiarme esta cara.—Y, mientras la nodriza entraba en casa para cumplir la orden, prosiguió gravemente, encarándose con el mancebo:

—Dígame usted, Carlos, ¿ por qué está usted siempre tan serio ?

VII

¡ Siempre !... No habían pasado dos días desde que por primera vez se vieron, y, sin embargo, con la mayor naturalidad dijo Hortensia *siempre*, y á Carlos no le sonó á cosa extraña la palabra. Acaso creía el infeliz que desde siempre la había conocido.

—¡ Yo serio !...—contestó protestando.

Estaba en uno de esos momentos en que todo el pasado desaparece de la memoria. Por ella había reído una vez, acaso la primera después de largo tiempo, y tenía la sensación de haber pasado riendo la vida entera.

Después, mientras Hortensia, de espaldas á él, se lavaba la cabeza á grandes chapuzones en la jofaina que trajo la nodriza, libre él por un instante de la influencia de su mirar travieso, recordó que, en efecto, era serio, que la vida es siempre seria para los que tienen la desgracia de pensar, que lo había sido más

que para nadie para él, nacido con la nostalgia de las cumbres, y que necesitaba, si había de alcanzarlas, ir formando sus alas pluma á pluma con las que recogiese en el arroyo.

—¿Lo ve usted?—dijo Hortensia, encarándose con él rápidamente.—¿Por qué no me cuenta usted esas historias fúnebres que le están saliendo á la cara?

Hablaba con ligereza, preguntando en realidad sin interés, con curiosidad de chiquilla que habla de lo que tiene delante por hablar de algo. Estaba alegre, y la seriedad de su compañero accidental quedaba para ella reducida á la categoría meramente teórica de un motivo de conversación.

Aquella ligereza, que se dejó traslucir sobradamente en el acento de la niña, hizo reaccionar á Carlos, volviéndole rápidamente á la realidad. Es decir, que estaba sirviendo de distracción, de juguete á una chiquilla frívola, que, por no tener nada que hacer, jugaba á interesarse por su vida.

... ¡Y él, dejándose coger en la trampa, como un paleta inocentón, y dispuesto á tomar en serio todo aquello! ¡No, y no!

Hortensia le miraba sorprendida, porque, bajo la influencia de tales pensamientos, su rostro bonachón adquiría reflejos de enfado, casi cómico por lo acentuado del contraste.

Cualquiera más mujer que Hortensia habría logrado hacerse dueña de la situación con una oportuna carcajada. Ella, mundana novel, no se atrevió á tanto, y, no sabiendo cómo salir del atolladero, ni cómo sustraerse á la mirada inquisidora del mozo, que, á pesar de sus rencores, seguía comiéndosela con los ojos, le volvió bruscamente la espalda y se dirigió á la puerta de la casa.

—¿Se va usted?—preguntó Carlos en el tono de quien pide cuenta de una ofensa.

Y ella cada vez más desconcertada:

—Sí: me marchó... hace ya frío. Quiero decir, están tocando al Rosario, y voy... Adiós.

—Adiós.

Desapareció en el portalón. Carlos la siguió sin cesar en sus ojeadas furibundas. No sé qué improperios dijo á media voz, y, amenazando con el puño cerrado á algún imaginario é invisible enemigo, echó á andar calle arriba á grandes pasos. El pobre muchacho era en aquella ocasión perfectamente ridículo, sin darse cuenta de ello. Afortunadamente para él, Hortensia, aunque le hubiese visto, tampoco se encontraba en estado de comprenderlo.

A poco rato salió de casa, coquetamente rebujada en la mantilla. Esperaba encontrar allí al acompañante, y le sorprendió mucho que se hubiese marchado:—¿Qué mosca le

habrá picado á ese chico?—pensó recordando su sorprendente actitud de última hora. Y, tras de aquella reflexión, creyó de buena fe que no volvería á pensar más en el asunto ni en el muchacho.

Dirigióse á la iglesia. La tarde moribunda parecía envolverlo todo en suave caricia de luz. En el cielo azul pálido, la luna casi transparente bogaba, como barco de nácar, seguida del constante lucero, que apenas se atrevía á brillar. Los árboles plantados en el atrio parecían más verdes que nunca, negros casi. Todos los ruidos llegaban al oído con sordina, como si se produjesen en una atmósfera de éter. Venían deseos de hablar bajito, de contarse al oído secretos muy hondos, pero muy serenos. La voz agria de la campana rompió el encanto silencioso. El recogimiento de la naturaleza se trocó en exaltación. La oración se hizo himno.

VIII

Hortensia entró en la iglesia. Estaba obscura y fría. La lámpara y dos cirios parpadeaban en el fondo, como ojos de gato en una caverna.

Media docena de viejas seguían con voz melancólica las Ave-Marías que gazmoñeaba el sacristán. Unos cuantos chiquillos se entretenían haciendo ruido en un rincón.

Arrodillóse Hortensia y siguió maquinalmente el rezo. Aún tenía dentro la luz y el calor de la calle y ante los ojos le bailaban chispas; pero poco á poco se fueron apagando una tras otra, el frío de la iglesia se le entró en los huesos, y sin saber por qué, acaso por reacción de su loco reír de poco antes, se echó á llorar.

No tenía pena; lloraba al principio despacio y en silencio; caíale el llanto en lagrimones gruesos y lentos, ¡que le daban tanto gusto al

deslizarse por sus mejillas calientes! Cuando llegaban á los labios, notábalos entre salados y dulces; después, al secarse, le dejaban en la piel cierta tirantez molesta, un ligero cosquilleo, que la obligaba á llorar más y más. Borracha de lágrimas, comíase á besos la cruz del rosario, y atropellaba oraciones con calor, ella pensaba de devoción, nunca sentido, y á poco rato, los lagrimones eran lluvia deshecha, y la oración sollozos. ¡ Con qué plácida y misericordiosa ironía debe sonreír Nuestro Padre que está en los cielos, ante los raptos de fervor de tantas niñas que lloran en la iglesia!

Quando Hortensia, ya calmada, salió del templo, era de noche. Alegróse de ello, porque llevaba los ojos encendidos, y aún suspiraba su corazón conmovido por la reciente borrasca. Pasó de prisa por el comedor, en el cual esperaba la mesa puesta, y entró en su cuarto, donde se lavó la cara con encarnizamiento. Después, equilibrado y fresco su espíritu, como campo agostado sobre el cual ha caído un chaparrón, cenó con excelente apetito, escuchando la charla de la nodriza, que le contaba las glorias de Carlos, un muchacho tan bueno, tan listo, el único del pueblo que había estudiado.

—¡ Ah!

—Ya lo creo; y que hubiera sido un abogado de primera. ¡ Traía siempre unas notas! Pero á lo mejor de los estudios se le murió el padre, y aquí está el pobrecillo, enterrado en su caserón, á media legua del pueblo, cuidando de la labor y de la madre vieja, y de tres hermanas, que no se le casan ni á tiros, aunque ya van para los treinta; porque él es el más pequeño de la casa.

Hortensia comía y callaba. En resumidas cuentas, ¿ qué le importaba aquello?

—Y que es casi hermano de leche de usted, señorita. Cuando me nació el primer hijo, el que se me murió en mantillas, nació también Carlos, y como su madre estuvo muy mal, le dí yo de mamar tres semanas. Ya ve usted, aún no se le ha olvidado, y siempre que baja al pueblo viene á hacerme un ratito de compañía.

Hortensia se dispone á acostarse. En pie ante la cómoda, apoyando los codos sobre el tablero y las mejillas en las manos, contempla con insistencia la caja de chinos, y piensa que acaso no haría mal dentro del palanquín la gallarda figura de Carlos.

¿ Qué tiene, pues, de sorprendente que con tan fresca y espontánea introducción, al amparo y complicidad de la madre Naturaleza,

eterna é incansable casamentera, brotase, quién sabe si en el corazón, en el cerebro ó en los sentidos de Hortensia aquella ráfaga de amor casi pagano? ¡Y que envuelta en el hábito caldeado del terruño, olvidase en un instante el calor de estufa, ambiente de su niñez pasada, de su recién nacida juventud! ¿Quién se atreverá á calificar de inverosímil el hecho de que la niña aristocrática fuese al cabo de ocho días novia *por todo lo alto*, de un soñador de aldea, nacido con nostalgia de alturas? ¿Quién pensará que necesitaron el más leve esfuerzo, ella para inclinarse, para elevarse el mozo, si acaso es lícito hablar de elevaciones ni descendimientos en materias de amor!

IX

Era para Hortensia cada día nuevo y más hermoso el espectáculo del amanecer; aquel sol hinchado y bermejo que surgía entre nubes teñidas de carmín, aquel iluminarse del cielo pálido, aquel dorarse de las ramas del huerto y de los aleros del tejado y aquel gorgjeo de tantos invisibles pájaros, y, sobre todo, el aire fresco de la mañana, suscitaban en ella raptos de gozo casi frenético, arrobamientos y explosiones de vida que en el alambique de su sensibilidad femenina transformaba en sutilezas de ternura y desbordamientos de amor.

—Cuando más te quiero es por la mañana.

El discreto galán propuso entonces paseos matinales á campo traviesa. Así como así, en esta abrasada tierra castellana lo mejor del día es el amanecer. Desvelábase la enamorada por no perder minuto de la excursión, y bien antes de que el sol asomara ya caminaban

ellos á su encuentro, escoltados por Paquita y Cecilio.

Aquella mañana fué el paseo largo; se trataba de ir á buscar jazmines á una mata, acaso única en todo el partido judicial, que crecía entre piedras junto á una fuente medio seca en verano.

—Ya verás qué hermoso. ¡Se ve desde allí más cielo y más tierra!

—¿Está muy lejos?

Ante la afirmación de que, en efecto, había un buen rato de camino, ella sonrió satisfecha.

Y emprendieron la marcha: las calles del pueblo empezaban á despertar; por los portones de algunas casas de labor salían las yuntas: en la plaza dormían aún los vendedores, tendidos en el suelo, bajo una manta, junto á las pirámides de melones, ó las cestas de uvas, bien cubiertas de pámpanas; á raíz del case-río comenzaban las tierras de labor, ya casi todas en rastrojo; andando, andando, llegaron á las eras.

—¿Cuáles son las tuyas?—preguntaba Hortensia—. ¿Y de qué son aquellos montones, de trigo ó de cebada? ¡Mira, mira aquel carro descoyuntado y aquella carreta con los palos al aire como un acerico! Oye: ¿á qué hora empiezan á trillar? ¿Sabes lo que me gustaría? Subirme en aquel montonazo de paja y dejar-

me caer en lo alto, y luego irme hundiendo, hundiendo, hundiendo hasta no ver mas que un pedacito de cielo como la palma de la mano. ¿Qué haces tú cuando estás aquí solo? Oye: ¿y dónde te acuerdas más de mí, aquí, en el campo, ó en tu casa?

Hortensia, habitualmente silenciosa, charlotaba aquella mañana á más y mejor; era como una alondra en los surcos, embriagada de aire libre y de gozo; Carlos, escuchando la música de su voz, pensaba filosóficamente. acaso trastrocando los términos: ¡Cómo invita el amor al saboreo de la Naturaleza, y cómo el calor del alma hace abrir los ojos del cuerpo á la hermosura de la tierra! Y era feliz imaginando que aquel glorioso panteísmo de Hortensia era la obra de sus amores.

Llegaron á la mata de jazmines al mismo tiempo que la luz del sol. Las hojas frágiles estaban salpicadas de luz, como si fueran alas de mariposa. Al pie de la mata, entre los pedruscos, manaba el hilo de la fuente y formaban las aguas un remanso en un hoyo tapizado de arena; caía el hilo en el remanso, quebrando su cristal con ruido discreto, que era el hoyo pequeño y el caudal escaso; algunos juncos estaban prendidos en las juntas de las piedras y cabeceaban para mirarse en el espejo de la fuente; del remanso salía un arroyo

que se hundía en la arena dos pasos más allá.

—¿Quiere usted que almorcemos, señorita?

Paquita, sentándose en el suelo, desplegó el aparato sugestivo de rústicas viandas: pan blanco, carne fría, queso cuajado en casa con leche de las cabras, fruta del huerto. El aire mañanero había despertado en los paseantes famoso apetito; el agua de la fuente estaba clara y fresca y ellos tenían el corazón alegre; así el almuerzo fué como una fiesta de risas y de dulces palabras, de esas que nacen en la abundancia del corazón, palabras, más que con sentido, con aroma, de las que el alma dice como niña, sin que las oiga la razón.

Luego, habiéndose alejado Paquita y Cecilio, llegó el silencio pasito á paso y se sentó en la arena entre Hortensia y Carlos. El sol, ya bien alto, comenzaba á hacer grata la sombra del jazmín y el frescor de la fuente. Hortensia suspiró; el corazón, después de las tormentas, sean de gozo, sean de pena, suspira siempre; estaba reclinada junto al arroyo sobre los juncos; para descansar apoyó la cabeza en una piedra y se quedó cara al cielo, como una pradera en que sus ojos fuesen las violetas y las rosas/ sus labios; el cielo estaba azul purísimo, bruñido y alegre; ella le veía por entre el enrejado del jazmín, y entornando los ojos, las ramas le parecían negras y el

cielo de acero; el ir y venir de las hojas íbala dulcemente mareando y pronto se olvidó de que vivía; entonces, como canción venida de lejos, oyó la voz de Carlos, trezada con la voz de la fuente, y eran sus palabras claras y frescas como el sonar del agua; luego sintió las manos prisioneras y notó cómo las de Carlos estaban secas y ardorosas, un poco ásperas por los azares del trabajar, y un alborozo loco le sacudió los nervios y le golpeteó en el corazón, y le trajo sangre á las mejillas y luego á los labios y á los ojos lágrimas. ¿Por qué, Señor, por qué? Confusamente comenzó á desear algo muy grande, nunca conocido, jamás soñado, y el deseo se fué trocando en desasosiego, en angustia, en dolor; entonces lloró con sollozos como una criatura desvalida; Carlos, con reverencia primero y luego con pasión, fué recogiendo á besos el rocío de lágrimas, y ella, por la placidez de apaciguamiento que la inundó súbito, comprendió que eran los besos de él aquello que su cuerpo y su alma estaban esperando.

X

Regresaban, acompañados por Paquita y Cecilio, de su excursión matinal. Traía ella en el rostro palidez de fatiga y en los movimientos laxitud dichosa. La sombrilla abierta, sostenida con negligencia en un hombro, le paseaba por las mejillas la sombra movable de sus dibujos. En la mano izquierda, caída como si no pudiese con el peso, un manojo de jazmines.

Carlos, al lado de Hortensia, callaba; callaba también ella. El silencio que sigue á las grandes charlas de enamorados, acaso más grato que la charla misma; porque, aún impresionado el oído por la anterior marea de palabras, vuelve á escucharlas sin oirlas, atenuadas con la sordina poética del alejamiento, de la distancia; en una palabra, vestidas de recuerdo, que es el mejor disfraz que para hablar al corazón pueden vestirse las dichas y las penas.

Esperaba la nodriza en el umbral, un tanto

inquieta porque la excursión se había prolongado más de lo convenido. Llegaron. Carlos intentó despedirse en la puerta. La labor, en pleno período de recolección, reclamaba más que nunca su presencia, ahora que la tenía un tanto abandonada.

Hortensia sonrió, aceptando complacida el reproche que venía implícito en las palabras de Carlos. ¿Qué orgullo femenino deja de sentirse halagado si acierta á desviar un tantico al amante de la línea del deber? De líneas inflexibles que se tuercen forman su corona más preciada estas fierecillas del amor. Pero después de sonreír, insistía con Carlos para que esperase un momento... sólo un momento. El, dejándose hacer dulce violencia, alegaba el deber imperioso, y ella coqueteaba con un: ¡mucho me quieres... y no me das un gusto chiquitito!...

—Si es tan pequeño como dices...—balbuceaba Carlos, dispuesto ya á enviar enhoramala todos los cieberos habidos y por haber.

—Eso es; regatea minutos, y luego ven hablando de amor generoso.

Después, mirándole vencido, con aires de magnanimidad:

—Vete; ¡si quiero que te vayas!

Y poniendo en las palabras deliciosa amalgama de pasión y niñería:

—¡ Soy mala porque te quiero tanto! Ya ves, me parece que en estando conmigo tienes cumplidos todos los deberes.

Sonreía el galán como un bendito, encaramado al quinto cielo de la dicha. La despedida se prolongaba, arrastrándose en perezosos arrullos y aún duraría á no haber surgido, como evocado por la primera campanada de las doce, un turbión de chiquillos, que al salir de la escuela, tomaron á los novios por blanco de cuchufletas y risotadas.

Entróse Hortensia en casa, y de buen grado, á no parecerle cosa de mal tono, habría renegado del tiempo, que tanta prisa se daba en pasar, del campanero que continuaba anunciando el mediodía con repicar vertiginoso, y hasta del amor campesino, que había dado vida á toda aquella tribu de importunos rapaces.

Carlos se alejó suspirando, á paso de tortuga, volviendo la cabeza diez veces por segundo.

En la escalera el ama:

—Ha venido carta para usted, señorita.

Hortensia soltó los jazmines, y apoderándose de la carta rompió el sobre y empezó á leer ávidamente. En aquella hora tenía ansia de todo, por parecerle que todo había de traer á su alma regocijos y fiestas.

La carta decía como sigue:

XI

«*My darling*: Estamos en plena desolación por tu ausencia, yo más que nadie. Precisamente este verano nos divertimos como nunca, y en todas partes se echa de menos *ton joli minois*. ¡ Figúrate que yo muchas veces dejo de burlarme de tantos y de tantas, pensando en el placer que me pierdo de burlarme á medias contigo!

Hay muchísima gente de todas clases; pero el vulgo ¡ á Dios gracias! invade la segunda playa, así es que estamos en la primera como en casa propia, sin promiscuidades *deshonrantes*; sólo la aristocracia y unas cuantas *estrellas*; el supremo buen tono, el Walhalla-Rius de la elegancia madrileña, como dice Montilla, ese que siempre lleva *monocle*, y flores modernistas en el ojal, y que, según afirman malas lenguas, piensa disecarnos á todos y á todas para hacer este invierno un drama costero á la alta escuela.

¡ Walhalla-Rius! Entre paréntesis, ¿ qué te

parece el mote? Debo confesarte que en cuanto á mí, no le entiendo demasiado, y, por lo mismo, me escama un poco, sobre todo en su primera parte. Al fin Rius es cosa madrileña, y bueno ó malo puede una figurarse á *peu prés* el sentido de la palabreja; pero ¡vaya usted á saber lo que ha querido decir con Walhalla! Juanito Prada, tu gran admirador, asegura que debe ser cosa de Mitología, y yo, recordando que debí aprenderla en el colegio, no me atrevo á preguntar más, ante el temor de descubrir mi ignorancia y sobre todo de que á mamá, tomando de ella pretexto, se le ocurra volverme á enviar con las *Bonnes Sœurs* á fin de completar mi educación.

Divagaciones aparte, esto está perfecto, y yo loca de gusto, bañándome por primera vez en mi vida á las once, la hora tanto tiempo envidiada de las personas mayores. ¡No sabes lo espantoso que es haber estado en *baby* hasta los diez y nueve años! Tú eres feliz; á los diez y siete ya llevas uno vestida de largo. ¡Bien se conoce que no tienes mamá á quien hacer vieja! ¡Ventajas de las *belles-mères* jóvenes y bonitas!

Tus admiradores, tan desolados como yo. Precisamente han venido *au grand complet*. Y esta infeliz amiga tuya—¡cuándo me lo agradecerás todo lo que se merece!—te los cultiva

con abnegación digna, si no de mejor causa, al menos de mayor agradecimiento. ¡Pensar que en veinte días que llevo aspirando la flor y conservando para ti el fruto no he recibido ninguna carta tuya!

¿Qué es de ti en esa Arcadia? La verdad es que también las *belles-mères* jóvenes tienen sus inconvenientes.

Me figuro tu *spleen*, tu aburrimiento, tu desesperación. ¡Una Hortensia entre coles y lombardas!

¿Madrugas, lees, paseas mucho? Perdona: iba á decirte ¿flirteas?... ¡Poder de la costumbre! Deben ser deliciosos los galanes de por ahí. En un principio tu silencio llegó á preocuparnos seriamente, y Teresita Niembro se permitió insinuar la posibilidad de algún campestre idilio. ¡No te enfades, Hortensia: nadie lo ha creído! Al oírlo, toda la pléyade de tus admiradores rompió á reír en coro, y yo desbaraté la calumnia con tal elocuencia. Puedes estar segura de mi amistad como yo lo estoy de tu buen gusto.

He leído en *La Epoca* la noticia del próximo bautizo de vuestro nuevo *baby*. Esto, que asegura para muy pronto el fin de tu destierro, me hace esperar que vendrás á reunirme conmigo antes de fin de estación. Dicen que tu padre tiene tomada casa.

Apresura si puedes el viaje. Aún falta una serie de bailes en el Casino, también esperamos regatas, *garden-parties* en casa de Angelita, que ha estrenado hotel... y ¡hasta lo inverosímil!, exposición de *trousseau* ¡en verano! Sí, querida. Mary Angleda, que tiene el mal gusto de casarse en Agosto, porque el futuro se va de embajador á China... y la infeliz le sigue. Reina con este motivo consternación general. ¡Es decir, que pronto será moda seguir al esposo hasta el país de los nidos de golondrinas! La boda se hace en su palacio de Bilbao y pensamos ir á admirar los trapos en *yacht* y en *troupe*. Te advierto que á la vista de las *toilettes* de la futura embajadora, no podré, y no podrás tú, seguramente, contener un poquito de envidia: se dice que hay cosas deslumbrantes, y para las solteras la moda sigue estúpida; no se lleva otra cosa que blanco, y blanco y blanco. Comprendo el matrimonio, hasta con nidos de golondrina. Adiós, nena. Estoy asombrada de mi elocuencia epistolar. ¡Yo más de dos carillas! Luego dirás que no te quiero.

Muchos, muchos besos.

AURELIA

P. D. Repito que no te enfades por lo del *idilio*. Fué una broma de mal gusto. Cosas de Teresita, que cultiva ese *sport*..»

XII

Todas las amapolas del contorno hubiesen tenido envidia del rostro de Hortensia, á poder contemplarle minutos después de haber leído la malhadada carta de la amigueta.

¡A buena hora llegaba la misiva! Precisamente cuando su *idilio*... ¡¡*idilio!*!—al pronunciar *in mente* la palabra, la sonrisa burlona de todas sus amigas *pschut* se le ponía delante, sacándola de quicio—cuando aquella locura suya había llegado al *summum*. Sí, aún sentía el cansancio de la caminata matinal, aún le sonaban á presente las palabras de Carlos y las suyas propias, que, arrastradas por el fuego de las del amante, habían por primera vez acertado á decir juramentos de amor. Aún le parecía sentir en la cara las hojas del jazmín ¡tan frescas! y en los labios el fuego de los labios del mozo, en los besos aquellos apasionados por parte del galán... y sin resistencia por parte de ella, que era lo más triste. «Como yo estoy segura de tu buen gusto...» ¡Qué frases tan graciosas tenía siempre la sin par Aure-